

Participación de laicas y laicos,

Novedades y Esperanzas

Néstor Da Costa¹

En memoria de Patricio Rodé

Para mí trabajar un artículo que plasme reflexiones sobre la realidad de los laicos y laicas me evoca inmediatamente a la figura de un querido amigo, Patricio Rodé, quien tuvo su Pascua el año pasado, mientras se desempeñaba como presidente mundial del Movimiento Internacional de Intelectuales Católicos MIIC Pax Romana. Soy testigo de que Patricio vivió su ser laical en todo momento asumiendo lo propio de las realidades en que le tocó desempañarse con ejemplar testimonio, construyendo a la vez ciudadanía y eclesialidad. De él tomo también algunas reflexiones para este artículo.

El problema de la definición. ¿Cómo se define lo que es un laico?

Reflexionar sobre la participación laical hoy en día es claramente importante. Antes de hacerlo quisiera comentar que el término “laico” conlleva ciertos límites en su definición dado que es una categoría que se define por la negativa, por lo que no es más que por lo que es. ¿Qué es un laico, laica? Aquél que no es cura, ni religioso ni obispo. Esto ha

¹ Néstor Da Costa es uruguayo y sociólogo. Graduado en Sociología en la Universidad de la República, Montevideo. Doctorado en Sociología en la Universidad de Deusto, Bilbao, España. Obtuvo beca Fulbright por la que participó en curso de Pluralismo Religioso y Espacio Público en los EEUU, en la Universidad de California en Santa Bárbara.

hecho que varios autores y teólogos adviertan de los límites de utilizar este concepto. Hecha la precisión no tenemos más alternativa que utilizarla ya que también su utilización nos ha permitido visualizar aspectos del conjunto de la vida de la Iglesia que no estaban funcionando adecuadamente.

Es interesante percibir que al definir de esta forma una categoría como ésta, se la está definiendo desde un lugar, desde una perspectiva entre varias posibles, desde una mirada ubicada fundamentalmente en lo institucional. Esto quiere decir que efectivamente está claramente definido el conjunto de los roles jerárquicos e institucionales y los laicos, laicas son lo restante. Pero el énfasis está en lo institucional. Asimismo la aparición del término con fuerza nos habla también de cierta conciencia de lo limitada que es una visión que mire a la Iglesia, desde dentro o desde fuera desde lo institucional.

La importancia y el peso de los procesos históricos

No es el objeto de este artículo hacer una historia de la Iglesia o una historia de los laicos, laicas en ella, pero —como sociólogo— me parece imprescindible poner atención (aunque muy brevemente) a un proceso de largo aliento. Se trata del proceso de institucionalización. El proceso por el cual se pasó de la comunidad de amigos y testigos de Jesús en su época a la Iglesia Católica como la conocemos hoy. Se trata de analizar cómo se pasó de aquél grupo de personas entre quienes las relaciones carecían de formalidad y donde no existían cargos ni jerar-

quías internas, despojados de poder, a una compleja institución religiosa como es la Iglesia Católica.

El término “laico” no aparece en la Biblia, simplemente porque en ese momento no existía distinción entre aquellos que eran seguidores de Jesús y tomando su mensaje proclamaban el Reino de Dios. No había estratificación interna.

En tiempo de Jesús las relaciones entre sus seguidores y amigos no estaban mediadas por ningún grado de formalización, eran las relaciones que se mantenían en la vida misma, espontáneas. No había ni cuerpo de doctrina ni encargados de ella, ni rituales preestablecidos si nos referimos a la liturgia.

La desaparición física de Jesús puso a sus seguidores en una disyuntiva acerca de cómo continuar con el mensaje recibido y transmitirlo a los demás. A medida que pasa el tiempo aparecen enfoques y perspectivas diferentes. Aparecen interpretaciones diversas sobre un mismo aspecto del mensaje, diversidad de voces y enfoques y allí comienza la preocupación por delimitar cuáles aspectos de todo lo que se estaba transmitiendo invocando a Jesús eran efectivamente parte de su mensaje y cuáles aspectos no lo eran. Por lo tanto alguien tenía que determinar qué era lo propio del mensaje original y qué no formaba parte del mensaje original. Lo mismo sucedía con el culto, qué elementos eran aceptables incluir en el culto y cuáles no lo eran.

Esa necesidad se vuelve creciente a medida que pasa el tiempo y la distancia cronológica con la experiencia fundante

es mayor, donde ya no hay testigos contemporáneos y se genera la necesidad de que exista alguien o algunas personas grupo, que tuviera la autoridad necesaria para delimitar qué aspectos eran parte del mensaje y qué aspectos no lo eran.

Emergen como fruto del devenir del tiempo distintas funciones y roles en la comunidad. Esto implica una diferenciación interna, es decir roles específicos y funciones específicas con reglas de juego establecidas que contribuyan a cumplir la función de preservar la pureza original del mensaje en cada momento histórico. Así es que se desarrolla una clase de especialistas, que tiene a su cargo las funciones que se han mencionado y la autoridad para delimitar qué es parte del mensaje originario y qué no lo es.

Asimismo en tiempos de Jesús la autoridad estaba vinculada a su carisma personal. Desaparecido físicamente se produce también un cambio. La autoridad, que era vivida por Jesús en forma espontánea pasa de ser la autoridad del carisma para vincularse a la autoridad del cargo y es necesario establecer el cargo de jerarquía máxima dentro de los seguidores del mensaje cristiano.

Así se desarrolla la estructura organizativa de la Iglesia Católica, entendida como el instrumento para proclamar el Reino de Dios desde el mensaje de Jesucristo. A todas las instituciones les pasa que al ser establecidas para transmitir un mensaje, en determinado momento se identifican con el mensaje en si mismo y se les hace difícil diferenciarse. Entienden que si ellas desaparecen o menguan su poder, corre peligro de desaparición el mensaje

original y en ese momento, en lugar de ser una herramienta para un fin, se transforman en un fin en si mismas.

Esto pone las cosas complicadas porque al volverse un fin en si mismas corren el riesgo de alejarse del mensaje original o de traspasar al cuerpo de creencias que se ha desarrollado elementos que están más vinculados al momento histórico que se vive que a la esencialidad del mensaje.

En cada momento histórico en la Iglesia Católica, las funciones internas de asegurar la pureza del mensaje así como la estratificación interna, asume las pautas culturales en las que está inmersa. Y por supuesto que es muy diferente la visión que se puede tener de estos roles y funciones según el lugar social que se ocupe.

Por ejemplo no fue lo mismo la experiencia de los primeros cristianos hasta el edicto de Constantino, donde eran perseguidos y estaban fuera de todo aparato político u oficial, que la experiencia de una Iglesia donde el papado poseía y encarnaba el poder terrenal, el poder político, económico y militar, interpretando que hacían esto por designio de Dios. No es lo mismo la visión que se tiene cuando la Iglesia Católica está perdiendo el poder de los estados pontificios, resistente a los cambios sociales de la época, resistente a la modernidad; que la Iglesia Católica que emerge del Concilio Vaticano II con un mensaje de fraternidad universal y no opuesta a la modernidad.

Durante varios siglos las jerarquías (clero y monjes) son las figuras en que se deposita, cada vez más la cultura y también

el poder, así como son quienes van concentrando prácticamente todas las funciones eclesiales. Esto, que no fue un asunto de unos pocos años, sino de siglos, de alguna forma ha permanecido en la Iglesia y ha hecho muy difícil avanzar en visiones que se liberen de ese lastre histórico.

El lugar desde el que se habla y la experiencia concreta desde la que se habla condicionan las formas de ver y de interpretar el ser de la Iglesia. También el tiempo en que persisten determinadas visiones, el largo tiempo histórico, impregna y afina en la Iglesia visiones y concepciones, frutos de cada tiempo histórico y que se hace difícil comprender que pueden ser solo eso, la forma en que se vivió en cierto momento histórico pero no la forma universal o atemporal de vivir la fe, por ejemplo.

Este breve repaso del peso que tiene el proceso de institucionalización en la Iglesia Católica sirve para llegar a nuestro tema. Los laicos: ¿desde dónde se habla del concepto de laico? ¿Desde qué experiencia? Y por lo tanto ¿Desde qué perspectiva?

La aparición del “laicado”

Fue recién en el siglo XII en donde se estableció la distinción entre jerarquía y laicado. Es el Concilio Vaticano II el que reposiciona a la Iglesia en el mundo contemporáneo e intenta mirarla y mirar al mundo no desde la institucionalidad sino desde el mensaje y la vida, no desde el poder sino desde el servicio y la fraternidad.

Es el Concilio el que se libera de las concepciones institucionalistas, auto-referidas y

de las concepciones de rechazo al mundo como algo maligno. No ignora la estratificación interna ni la existencia de las jerarquías pero pone el acento en la igualdad fundamental de todos los creyentes al introducir el concepto de “Pueblo de Dios”.

La importancia y el rol sustancial de los laicos y laicas en la misión de toda la Iglesia es puesto en consideración por el Concilio Vaticano II y aparece también como reacción a siglos en que la Iglesia parecía ser solamente lo jerárquico, cuando en realidad las jerarquías existen en función de acompañar y alimentar al conjunto del Pueblo de Dios y no a la inversa. Existen como servicio al conjunto.

La emergencia del tema del laicado tiene que ver también con la modernidad y con la existencia de sociedades secularizadas, con autonomía propia, no dependientes de las instituciones religiosas ni de sus jerarquías. Es entendible que cuando la Iglesia Católica detentaba poder político estaba en medio de sociedades no modernas donde lo religioso se confundía con lo político y lo regía, por lo tanto al ser todos creyentes, las jerarquías cobraban un papel especial y no así los laicos, laicas.

En los últimos cincuenta años la temática ha emergido con renovados bríos frente a la nueva realidad social y al gran proceso de “aggiornamento” que significó el Concilio Vaticano II.

La especificidad laical

¿Qué es lo específico en relación a los laicos y laicas en la Iglesia? Muchas veces se habla de la ganancia de espacios que

el Concilio posibilitó, pero se trata de mucho más que de ganar espacios en la vida eclesial.

Lo central en esta temática es la ubicación de lo propio del ser laico en lo secular. Es ahí, en la autonomía de la realidad del mundo, de lo temporal en que el laico, laica realiza el seguimiento de Jesús fundamentalmente en la vida familiar, de la actividad laboral, la profesión, el matrimonio, la política, etc.

Es inevitable citar la constitución *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II, en donde se establece claramente lo específico de los laicos:

“A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios, tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Viven en el siglo, es decir, en todas y cada una de las actividades y profesiones del mundo, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entrelazada. Allí están llamados por Dios a cumplir su propio cometido (...) A ellos, muy en especial, corresponde iluminar y organizar todos los asuntos temporales a que estén estrechamente vinculados...” LG 31.

La cita precedente, además de indicar la especificidad del rol laical, da por sentada la autonomía de los asuntos temporales en relación a la Iglesia y renuncia de hecho a la tentación de intentar dominarlos

institucionalmente, de sumirlos a las perspectivas de las jerarquías eclesiales. Tentación aún hoy presente.

Que lo específico del ser laical se encuentre en lo temporal no impide la participación dentro de la Iglesia, que como integrante del Pueblo de Dios, es un derecho claro. No la excluye pero no se presenta como lo central del ser laico. Se afirma que el seguimiento de Jesucristo implica vivir en las realidades cotidianas, en las condiciones de la vida de todos los días, es lo que Dios quiere de nosotros² (laicos).

Esta especificidad, la ubicación de la construcción del Reino y el seguimiento de Jesucristo a través de los asuntos temporales establece también otro punto no menor: cancela la tentación de la “fuga mundi”, la tentación a escapar de la complejidad de lo secular para refugiarse en las paredes del templo, de refugiarse en lo intraeclesial.

También esta ubicación en los asuntos temporales habla de un mundo que, aunque complejo y polisémico, dejó de ser tenido en cuenta casi exclusivamente como lugar de pecado para pasar a ser lo contrario: lugar de revelación.

Este cambio de óptica es realmente sustancial. El mundo secular es donde se hace presente el Reino y se efectúa el seguimiento de Jesucristo. Por más que muchas veces escuchemos un discurso centrado en la pérdida de valores, la

² Rodé, Patricio, “En el día a día los laicos construimos ciudadanía y eclesialidad a la vez”. Entrevista publicada en la revista del Departamento de Laicos de la Conferencia Episcopal Uruguaya.

encarnación puso de relieve que es precisamente ahí, donde el trigo y la cizaña crecen juntos el lugar en que se realiza el seguimiento de Jesús.

Dos asuntos relevantes

En los últimos años en varios lugares se aprecia un doble fenómeno, por un lado el compromiso de muchos laicos y laicas se ha visto reducido a tareas intraeclesiales, catequesis, ministerios laicales, etc., lo que ha evidenciado una cierta incapacidad de orientar y apoyar a los laicos, laicas en lo que son sus tareas específicas.

Por otra parte se aprecia que muchos laicos y laicas que se toman en serio su tarea en lo secular requieren pero no encuentran espacios adecuados de acompañamiento en el ejercicio de su misión.

Este doble fenómeno puede tener explicaciones diferentes pero ambos requieren especial atención.

Por una parte la proliferación de muchos laicos y laicas prestando servicios a la comunidad en lo intraeclesial es parte de la misión de todos los cristianos y cristianas, el problema radica cuando eso se da como forma de evadir y fugarse de los ambientes seculares con su propia lógica, autonomía y complejidad, refugiándose en las paredes de la Iglesia, o cuando están convencidos de que esa es su misión. Por otra parte puede obedecer a que la ausencia de personal eclesástico limite posibilidades y se tienda a apelar a los laicos, laicas para las tareas más propias de sacerdotes, religiosos y religiosas.

Esta situación merece una reflexión seria de nuestra parte ya que en cualquier caso no se está promoviendo la asunción de la vocación específica del ser laical y de alguna manera se vuelve a un esquema de refugio ante lo mundano. Parece ser que la complejidad del mundo en que vivimos ha aumentado, o al menos ha aumentado nuestra percepción acerca de su complejidad y ello puede empujarnos a buscar sentirnos seguros, a buscar refugio, a dejar de ver lo secular como lugar de presencia de Jesucristo y estigmatizarlo negativamente como se hizo durante siglos.

Debemos promover espacios de reflexión acerca de cómo nuestras iglesias particulares tienen en cuenta estos aspectos.

Del otro lado también se aprecia que el seguimiento de Jesucristo en las condiciones ordinarias de la vida implica un desafío para ellos mismos pero también para el conjunto de la comunidad.

Muchas veces hemos reflexionado sobre una cierta incapacidad de acompañar a los laicos y laicas en su tarea, que es la tarea de toda la Iglesia, apoyándolos. El acompañamiento en el cumplimiento de su misión se vuelve muchas veces débil y no se encuentran las modalidades adecuadas para el acompañamiento.

No es fácil acompañar a los cristianos laicos inmersos en distintos espacios de la sociedad, por lo complejo de su tarea, por la vastedad y variedad de espacios y asuntos en que se desempeñan. Acompañarlos adecuadamente requiere una pluralidad muy amplia así como dedicar recursos humanos a la tarea. Requiere además una disposición

al discernimiento y un abandono de ciertas actitudes que una de las formas más habituales de acompañamiento son reuniones de grupos o comunidades, sin duda muy importantes pero que a veces su formato o periodicidad hace que no se presenten como el instrumento adecuado cuando la intensidad de lo que se está viviendo, su dinámica propia, requiere buscar otras formas de acompañar que sean más laxas y adecuadas.

Parece ser que podemos tener mucha más claridad en enviar a la misión que en acompañarla en la densidad de su complejidad.

Ida y vuelta

Otro aspecto que quisiera marcar, que creo es una debilidad aún mayor de la Iglesia, es el referido a la (in)capacidad que tenemos, como comunidad eclesial, de aprender de la experiencia y testimonio de los cristianos y cristianas que están viviendo su misión en las condiciones ordinarias de la vida.

Aprender de estas experiencias es sustancial. No se trata solo de enviar en misión, sino también de acompañar y de aprender de la práctica concreta y los discernimientos de los cristianos laicos en sus tareas.

Generalmente no recibimos esa experiencia, no nos apropiamos de ella. No se encuentran los espacios para recogerla, no aprendemos de nuestra propia praxis y

por tanto se hace difícil darnos cuenta de la relevancia eclesial de nuestra tarea en el mundo secular, tanto a los mismos laicos, laicas como también a los ordenados.

Desarrollar la misión en la vida cotidiana, en tanto misión, no es vivir el compromiso solo en el mundo es vivirlo en el mundo y de esa forma vivirlo en la Iglesia ya que ésta existe para aquél y en la medida en que nos desempeñamos en la vida diaria estamos construyendo eclesialidad. No es un espacio estanco, separado y aislado del resto, es el lugar de construcción del Reino y también de la Iglesia.

A propósito de esto me gustaría volver a citar a Patricio Rodé:

“La construcción de ciudadanía en el sentido más amplio y la construcción de eclesialidad, en los laicos, es un solo y único movimiento. Si no, no habría santidad en la vida laical, y no habría secularidad en la santidad. Hay poquísimos santos laicos, y los que hay son reyes del siglo VI o mártires cruentos. No tengo duda que ellos sean santos, pero los cristianos de a pie, que tratamos de servir y que en el servicio vamos dando la vida día por día, sin estridencias y sin efusiones visibles, estamos construyendo ciudadanía y eclesialidad en el mismo momento.

Creo que nosotros mismos, los laicos, no disponemos de los instrumentos teológicos y espirituales como para percibirlo, y por lo tanto, no lo acumulamos adecuadamente.”³

³ Rodé, Patricio. Op.cit.

Participación, novedades y esperanzas

La participación de los laicos y laicas es algo que preocupa dado que muchas veces es tenida en cuenta solamente como un elemento decorativo, que presta asistencia a otras tareas eclesiales o de las parroquias o servicios.

La participación laical ha aumentado y seguramente seguirá haciéndolo en los tiempos venideros. La participación en cuánto ser oídos y atendidos así como a que tengamos espacios para expresarnos, no como ciudadanos de segunda, sino como miembros del Pueblo de Dios diferenciados del resto por las funciones y especificidades de la misión propia pero en igualdad de derechos.

No se trata solamente de una conquista de espacios. Se trata de incorporar lo que no debía haber sido separado en otros tiempos históricos, la vida de la fe. La misión de la Iglesia es vivida por los cristianos laicos en sus espacios específicos, fuera de los muros de los templos y allí se cumple la misión de toda la iglesia.

Esto implicará, ciertamente, superar mentalidades marcadas por siglos de comportamiento en otro sentido donde la estructura jerárquica de la Iglesia aparecía como una realidad aparte y prácticamente fuente de todo lo que existía. Las jerarquías son una minoría del Pueblo de Dios y la estructura jerárquica debe construirse al servicio del Pueblo de Dios.

Pero estamos en medio de un proceso de largo aliento en que la participación

laical avanza, en que muchos laicos y laicas están, día a día y calladamente, en silencio y fuera de los centros de atención, asumiendo su misión.

Esa misión en América Latina ha llevado a asumir especiales compromisos en relación a los sectores más desfavorecidos, ya sea en intervención directa, como indirecta y eso es esperanzador.

Una novedad pendiente sería el avance hacia la apropiación por el conjunto de la comunidad eclesial de estas prácticas que los cristianos laicos desarrollan cotidianamente y en los distintos ámbitos de la vida. Seguramente si lográramos avanzar en esta tarea nos encontraríamos ante muchas otras novedades que contribuirían a reconfigurar la Iglesia Católica.

Para finalizar voy a hacerlo nuevamente con palabras de Patricio Rodé que evocan de manera muy clara la misión laical:

“La convicción de que vivir como laico, en las condiciones ordinarias de la vida corriente de todos los hombres y de todas las mujeres, en la situación familiar, de trabajo, de compromiso político, en la perspectiva de cómo vemos la vida y cómo nos orientamos en ella, es lo que Dios quiere de nosotros, lo que el Espíritu inspira en nosotros. Por lo tanto construir nuestra vida es construir Iglesia, es construir ciudadanía, es construir la sociedad. Esa es nuestra vocación y articular las tensiones que eso nos presenta el camino de santidad a que estamos llamados.”⁴